La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 8 de junio de 1891 — Núm. 493

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESCANSO, copia de una pintura de Fortuny

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La última quincena de mayo. — Fiesta de Pentecostés en la catedral de Toledo. — Procesiones de Corpus. — Recuerdos meridionales. — Muerte de un poeta provenzal. — Fuentes de sus inspiraciones poéticas. — Las academias de Francia y España. — La elección de Loti en aquélla. — Discursos de Menéndez Pelayo y Pidal en la Academia de Ciencias morales y políticas. — Discursos de Fabié y Castro Serrano en la Academia Española.—Juicio sobre Tomás Rodríguez Rubí y sobre Eulogio Florentino Sanz. — Conclusión.

I

Quincena de festividades religiosas fué la última quincena de mayo florido. Empieza por San Isidro, fiesta fija; y obedeciendo á las particulares circunstancias del año, en este mes han venido la Pascua de Pentecostés y la fiesta del Corpus. Cerrado el ciclo de conmemoraciones que á nuestra redención la Iglesia consagra con el hecho más demostrativo de la divinidad del Salvador, con su ascensión al cielo, el Apostolado, ya constituído, hubo menester de las asistencias del Espíritu Santo para predicar la nueva feliz al mundo; y el Espíritu Santo descendió al cenáculo, encendiendo con el soplo creador suyo ideas en el alma de los apóstoles, y prestándoles aquella revelación casi espiritual de estas ideas, llamada el don de la palabra. Si con las substancias etéreas, con las atracciones y gravedad mecánicas, con las afinidades varias químicas hase formado el mundo que se denomina orgánico; hase formado con el Verbo y sus condensaciones, amén de con el Espíritu y su revelación, este otro mundo que llamamos ideal. Así, al remedar el órgano los retumbos de la tempestad y entonar el coro en las vísperas el *Veni Creator*, parece que se oyen los aleteos divinos del Espíritu misterioso, consolador de la Humanidad, y que se reciben los efluvios del soplo á cuya virtud se animó el Universo. Yo he pasado el Domingo de Pentecostés en la catedral de Toledo. Imposible olvidar un día tal, en que bogáis por los espacios, más que celestiales y sidéreos, del infinito espiritual. Dentro de la capilla mayor, entre las tumbas donde como en lechos de mármol duerme lo que podríamos llamar el elemento mineral de nuestro ser; á la vista de los ángeles que aletean sobre las ojivas, como recibiendo la esencia de lo que podríamos llamar el elemento divino de nuestro ser, os imagináis encerrado en un inmenso relicario y circuído de todas las entidades históricas y litúrgicas representadas por la escultura y por la pintura, igualmente redivivas, al milagro de la resurrección universal. Unid á esto la procesión del clero, envuelto en las pluviales capas carmesíes recamadas de áureas bordaduras y portador de reliquias contenidas en joyas por Arfe ó por Cellini cinceladas, y decidme si en parte alguna del mundo pueden reunirse con armonía mayor y consonancia más estrecha el Arte y la Religión. Tras la Pentecostés viene la fiesta del Corpus, más profunda y no menos bella en la Iglesia primada de nuestra nación. Brilla la resplandeciente custodia fabricada con oro purísimo recién venido del Nuevo Mundo, y ondean las banderas de Lepanto al lado de los tisúes argénteos que cubrían las tiendas de los Reyes Católicos en el Real de Granada, quizás los primeros objetos arqueológicos de nuestra patria; pero todo esto dentro de la Iglesia: en la procesión falta el orden y la poesía, que por doquier ostenta en ceremonias iguales nuestro reino de Valencia. Un cura lleva la custodia en Elda, un solo cura, de brocados relativamente modestos revestido y so un humilde palio. Pero hay tanta devoción en el público arrodillado, tanto concierto en las voces del clero, que parece la procesión una Iglesia espiritual ambulante. Hace ahora diez ó doce años presencié yo una procesión del Corpus en Toledo. Varias colgaduras fijaron mi atención y ninguna otra cosa, fuera de las maravillosísimas que no tienen rival por su hermosura y antigüedad. Mas el espiritualismo exhalado de una procesión valenciana por ninguna parte aparecía. El paje que llevaba la cola del purpurado hábito cardenalicio, un subdiácono joven y robusto, habíasela ceñido á la cintura, no sé por qué, y soñoliento al calor del día, triplicado por lo numeroso del concurso, dormíase de pie, y atrás se iba cayendo hasta que un tirón del cardenal Moreno le despertaba del sopor y le impelía en su carrera. Comparad esto con las enramadas olorosas de flores, con los arcos de adelfas, con las columnatas de tarajes y cañas, con las guirnaldas de mirtos y azahares, con los retablos erigidos en cada esquina, con las lluvias de rosas, con los coros de voces angélicas, con las innumerables velas llevadas por los fieles, con los gallardetes parecidos á iris pendientes de tejados y azoteas, con las iluminaciones fantásticas, con las floresta improvisadas, y decidme si tenéis ó no motivo, recordando tales festividades religiosas del pueblo, para doleros y añoraros de no vivir en pleno Mediodía.

II

Bien es verdad que somos los meridionales únicos en esto de amar nuestra tierra. No podemos vivir en regiones desde las cuales el Mediterráneo se pierde á la vista, pues lejos de aquellas encantadas costas, parecemos huídos y desterrados del cielo. En uno de sus últimos números contaba el *Journal des Debats* lo que á mí en persona me aconteciera con un entusiasta felibre, de los muchos, más ó menos auténticos, diseminados por Francia. «¡Cuán felices, me decía, son ustedes en España, donde no hay Norte!» Ahora, en estos días, ha muerto curioso ejemplar de tal clase, un poeta popularísimo como Roumilli. Este hombre se alimentaba de la miel corriente por los troncos en las provenzales patrias hayas. El chirrido monótono de las cigarras le arrobaba como el violín al hipnóstico. Sus versos repetían el zumbido de las abejas, y á la obra de las abejas parecíanse, no sólo en los dulcísimos zumos que guardaban como las colmenas, en la cera que podían consagrar por su religiosidad á cirios y velas de las iglesias. Así había levantado su hogar en aquel Avignón, que disputó á Roma la supremacía y capitalidad religiosa en largo período de la Edad media; sobre un terreno consagrado por la memoria de nuestro Papa Luna, tan provenzal por su estro, como aragonés por su firmeza; no lejos de la fuente inmortalizada en los sonetos melodiosos cantados á Laura por el amor de Petrarca. Nadie sabía como él describir una de las procesiones lemosinas que yo he querido invocar antes, para lo cual valíase de imágenes tan atrevidas como decir que las campanas aviñonesas á vuelo bordaban con sus sonidos encajes en las estrellas y que las calles de Lyón debían llamarse puertas forradas de seda que dan hacia el Mediodía. Para comprender todo esto se necesita seguramente haber vagado en cueros, de niño, por las playas nuestras; haber dormido en la hora de sestear bajo la sombra de los cenicientos olivares; haberse alimentado de higos verdales que rematan en una especie de flor, cuyo cáliz rebosa mieles; haber bebido en el remansillo de los torrentes casi secos que se deslizan bajo toldos de adelfas siempre floridas; haberse curtido al soplo de las brisas mediterráneas, sobre las arenas de oro, ante las reverberaciones áureas y argentadas, ya del sol en días ardientes, ya de la luna en tranquilas noches, recibiendo por las venas con difusiones de almo éter y con efluvios de jazmines, rosas y azahares una divina embriaguez.

III

Roumilli perteneció á la Academia Española, pero no á la Academia Francesa. Y puesto que de Academias hablamos, precisa decir cuánto interesa la general atención lo sucedido esta quincena en sus senos aquende y allende. La nacional Academia Francesa, tan zaherida de todos los literatos y tan deseada por todos, hase visto con una trascendental elección embargadísima meses y meses. Presentábase camo candidato al trono académico Zola; y su admisión topaba con dificultades iguales á las encontradas por Víctor Hugo en su tiempo. Un sistema, el sistema romántico, era éste, ó una escuela, como queráis; otro sistema, el sistema realista, ó escuela, es Zola. Toda colectividad, la familia, la nación, la especie, consiguen su perennidad por medio de un instinto de conservación tal, que se resisten y se niegan á las innovaciones, en todo tiempo individuales y personalísimas. El académico puede admirar á Víctor Hugo y á Zola; no así el resultado químico y orgánico y viviente, por todos los académicos juntos en sus corporaciones respectivas compuesto, no así; antes bien habrá de propender á la conservación, y por ende á la resistencia. Sin embargo, fervoroso admirador yo de Víctor Hugo, en quien veo la mayor virtualidad lírica posible, no puedo confundir su tendencia con la tendencia de Zola, muy repulsiva para mí, no obstante reconocer y proclamar el viril talento y el estilo genial de este su ilustre mantenedor. A juicio y sentir míos, representaba Víctor Hugo la juventud y Zola representa la vejez del siglo. Entiéndase el mérito de éste como se quiera, la corporación literaria no tenía otro remedio en sus antecedentes que rechazar la innovación y castigar al innovador contemporáneo, como resistió y castigó muchas veces al otro innovador, aunque le llamaba un académico, tan conspicuo como Chateaubriand, niño sublime. Pero puesta la corporación en el trance de optar entre un autor eximio como Zola, por cumplir su obligación de resistir á innovaciones peligrosas, y sus competidores, no debió preferirle otro también modernísimo como Loti, de cualidades brillantes, pero de una exterioridad tan amplia, que poco resta bajo su extensa superficie, y de un resplandor tan metálico, que parecen sus obras lacas y cerámica japonesa. León Say hame dicho que, no queriendo votar á Zola por su personal sistema, ni á Loti por su temperamento literario casi exótico, votó á un señor Fabre, muy ducho en esto de pintar las costumbres eclesiásticas francesas en cuadros verdaderos y vivos, de suyo semejantes á los viejos cuadros flamencos por su tono suavísimo, por su carácter prosaico, por su candor ingenuo, por su sencillez casi primitiva, por su aroma campestre, por su mezcla de crítica grave y sesuda con su fe viva y ortodoxa. Pero venció á todos el marino literato conocido con el seudónimo de Loti.

IV

Dos interesantes sesiones hemos tenido nosotros en las dos sendas Academias de Ciencias Morales y de Lengua Española. Celebraba la una el acto de recibir á Menéndez Pelayo y celebraba la otra el acto de recibir al ministro Fabié. No puede ya dudarse. Menéndez Pelayo queda inscrito por consentimiento universal en las paredes sacras del templo inmenso levantado á la gloria nacional por tantos nombres ilustres como brillan en los espléndidos anales de nuestras letras patrias. Erudito sin pesadez, profundo sin obscuridad, ameno sin chocarrerías, vario sin divagaciones, uno sin uniformidad, crítico sin malhumor, universal sin degenerar en cosmopolita, patriota sin patriotería, religioso y razonador al mismo tiempo, sus vastas obras, llenas de múltiples ideas é ilustradas por curiosísimas noticias, permanecerán en todos los tiempos y en todos los lugares como un verdadero monumento nacional. Su mérito sobresaliente, aquel por cuya virtud convivirá al lado de los hombres inmortales que brillan en la España del siglo XIX y mantienen su renombre no interrumpido allá por los templos de la Historia, está en haber enlazado el movimiento científico español con el movimiento científico universal. Nosotros, los partidarios de la libertad psíquica en todas sus manifesciones, los que arrancamos á las censuras oficiales el pensamiento, siervo un día bajo cien cadenas, combatimos la política de los siglos XVI y XVII con saña, porque la guerra intelectual, como la guerra material, ni obedece á la justicia, ni siente piedad alguna, según les pasó también á los primeros cristianos, injustos al extremo de descubrir un simulacro del diablo en los marmóreos cuerpos de las helenas diosas que hoy brillan por el Vaticano guarecidas tras su casta desnudez, y acompañan como un harén artístico al Papa en aquella encumbrada soledad. Así, decimos y declaramos que si en las cenizas frías de los ayer encendidos braseros inquisitoriales hemos hallado tantas venas de incombustible oro, cuántas no se hallaran, en cuál abundancia, de gozar el ingenio hispano la relativa libertad existente, así en Holanda como en Alemania, Francia é Inglaterra, de antiguo. Mas esta defensa de nuestro sentido en manera ninguna puede obstar al reconocimiento por nosotros de que Menéndez Pelayo jamás diera el trabajo hercúleo de la reconstrucción histórica, sino bajo un sentido, contrario al nuestro en todo. Felicitémonos, holgándonos con tenerlo en este nuestro tiempo

como un insigne continuador de las inextinguibles glorias nacionales. El, poco á poco, por una transformación lenta é interior, va dejando las antiguas escuelas y viniendo á las nuestras, como lo patentiza el plañido con que su ilustre amigo Alejandro Pidal, en el discurso de contestación al suyo, le despide lloroso y le reconviene severo, echándole, muy elocuentemente por cierto, en cara que ha dejado la tradición seca escolástica por las ideas lucientes como estrellas espirituales y por los dioses redivivos como genios helénicos en el neoalejandrino sincretismo de un culto sin límites á las Humanidades y al Renacimiento.

V

Interesante la recepción del Sr. Fabié. Siguiendo la costumbre francesa, nuestro sabio ministro escogió por tema de su discurso la vida y obras del académico á quien reemplazaba en uno de los treinta y seis sillones fundamentales. Era este académico Tomás Rodríguez Rubí, personalidad superior, más fecunda y varia que acabada y perfecta. De copiosa inventiva, la vena propia no se concluía jamás en él. Comedias de costumbres, dramas de pasión, poemas como *Isabel la Católica*, puestos por su genio en escena, diálogos andaluces, cuentos morales, sainetes, alguna que otra creación trágica más que por el corte por el carácter, copias de la vida real y de tipos reales: he aquí el campo inmenso en que Rubí pusiera todo su empeño y todo su trabajo. Durante algún tiempo cultivó con fortuna la dramática histórica, de menos vuelo, pero de mayor verdad que las obras de igual género en el arte romántico. Es un brillante poeta de transición desde Hartzenbusch y García Gutiérrez, tan maestros, á Tamayo y Ayala, no menos maestros en su *Hombre de Estado* y en su *Drama nuevo* que los dos genios á quienes debemos el *Trovador* y *Los amantes*. Pero con su inventiva, con su variedad, con su maestría, faltábale á Rubí aquello que da el primer lauro á los genios literarios, lengua pura y estilo perfecto. Mas, aunque adolecía el autor de ambos defectos, al hombre no le conocí ninguno. Caballeresco, leal, honrado, consecuente, digno hasta ser puntilloso, franco y caritativo, su ausencia perdurable nos ha herido en el corazón, y su falta en el cenáculo académico nos apena y entristece á todos sus compañeros igualmente. Inútil decir cómo nos habremos asociado á los elogios que Fabié le ha dirigido. Respondió á este nuestro compañero el ingenioso y amenísimo Castro y Serrano, en quien rebosa la sal ática, usada con una sobriedad y un gusto excelentísimos. Como indujo el cansancio temible de un tema solo para dos discursos, convirtió al auditorio á la contemplación de otro dramático ilustre, menos fecundo y creador, pero más acabado y más maestro que Rodríguez Rubí. Si los extremos se tocan, debían parecerse los dos; porque representaba éste, rico en obras aplaudidas y múltiples, el trabajo; mientras que su compañero y émulo representaba la pereza. Florentino, como le llamábamos sus amigos, de complexión casi neurótica, soltaba los nervios á todas las impresiones, pero no la inspiración á to-



EN EL PUERTO, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)



EN EL CAMPO, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)

dos los vientos. Castigaba y pulía mucho sus obras; y así acababa por invenir en su imaginación y expresar en sus versos lo perfecto. Recuérdese aquel su maravilloso *Quevedo*. Como Rubí demuestra cuánto precisa poner sumo estudio en el estilo, demuestra Sanz cuánto precisa poner en la vida orden completo. De todas suertes, con estilo y sin estilo, con orden y desorden, los dos fueron admirables. Felicitemos á Fabié y á Castro por haberlos tan sentidamente admirado. La entrañable admiración es el homenaje que más agrada en verdad al genio.



LA SANTERA, acuarela de D. Joaquín Sorolla
(Exposición de acuarelas y pasteles celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1890)

LA EXPOSICION GENERAL
DE BELLAS ARTES
VI
SALÓN DE HONOR
Obras de artistas catalanes fallecidos

La impresión que produce la sala de honor, después de haber recorrido las de pintura contemporánea, es verdaderamente singular. Colores, dibujo, figuras, asunto, hasta los marcos y dimensiones de los lienzos, todo cambió. Remontamos el curso de la pintura barcelonesa en el presente siglo; tenemos á la vista páginas sueltas de su historia: alguna nota saliente de aquella serie de progresivos esfuerzos que intenté resumir en mi primer artículo. Bien es verdad que el álbum no está completo ni ordenado. Sus hojas, como arrancadas al azar, no guardan la sucesión que debieran en una exposición retrospectiva. Algunas – los cuadros de Ferrán – son harto inferiores para figurar allí, aun con relación á su tiempo. Otras – los lienzos y acuarelas de Fortuny – no corresponden á los días de su mayor plenitud y fuerza; no dan la verdadera medida de todo su valer. Tampoco denuncian otras lo más típico de la época de sus autores: son obras extemporáneas en que el pintor, casi al final de su vida, intentó mudar su manera: último y supremo esfuerzo de todos, antes de retirarse para siempre.

Con ser así, tres generaciones están bien ó mal representadas en el salón. Las tres resumen la historia del arte, desde la segunda y tercera década de nuestro siglo hasta una época muy próxima.

Representa la primera Rodes, discípulo de López y de Camarón, con sus retratos al pastel y sus miniaturas primorosas; dos géneros del siglo pasado, de los cuales revive uno tras prolongado eclipse. Tiene á su lado á sus contemporáneos Planella, Batlle, Ferrán, Arrau, alumnos de la Escuela de nuestra Junta de comercio, la representante aquí de aquel renacimiento de cultura que patrocinaron los Borbones, en el siglo que ha llamado un escritor «el más académico de todos.» De aquella primera enseñanza proceden los cuadros bíblicos: *Sansón y Dalila*, *El Hijo pródigo* y una escena del *Diluvio*, aunque ésta trae una fecha bastante posterior y probablemente estará inspirada, aunque no se le parezca, en la del francés Girodet que reprodujo hasta la saciedad el grabado. De aquella época son también algunos bodegones, y no ciertas escenas de costumbres, ni un cuadro de historia moderna, precioso por sus datos de indumentaria, pero de tal género que su filiación es imprecisable. Todos ellos, con sus aguas verdinegras y biliosas, sus azules chillones, sus cielos anaranjados, requemados y siniestros, atestiguan, con las alteraciones de su color, su larga fecha; con sus asuntos, los gustos de aquel tiempo; con sus luces singulares, cómo se pintaron y compusieron. Todos, lejos de surgir en plena luz, la reciben del exterior, como escenas teatrales que alumbran macilentas candilejas. Los primeros planos, los rostros y carnaciones, las manos salientes de las figuras, resaltan, directamente iluminadas, sobre un fondo obscuro, bituminoso y denso, donde no penetra un átomo de claridad aunque la escena se suponga al aire libre. Parecen destinados á los fríos salones de la empelucada aristocracia que se extinguía, ó á llenarse de polvo en los claustros de los conventos, bajo la sombra medrosa de sus bóvedas ya cuarteadas. Aquella pintura no cuenta apenas con otros protectores y desaparece tras ellos.

La segunda generación la alcanza y vence: Espalter, Clavé, Cerdá, Lorenzale, Vicens... Es la que promovió el romanticismo entre nosotros: estudió en Roma, viajó por Italia, visitó á París: trajo á España, (Madrid y Barcelona), la idea nueva que debía derribar á los discípulos de David, como Madrazo (D. José) y Ribera, mucho después, eso sí, de que en Francia sustituyera al maestro, el joven Delacroix; aquí, sobre todo en aquella época, llegan tales novedades con lustros enteros de retraso. Espalter, discípulo de Grós, es elogiado en la primera ilustración *El Semanario pintoresco español* (1844), colabora en el primer periódico de Bellas Artes *El Renacimiento* (1847); pintor al temple, decoró el *Teatro Español* de Madrid (1849), el paraninfo de la Universidad central (1859), el panteón de los duques de Castro-Enríquez (1881). Clavé, fundador de la Academia de Méjico, toma por asunto para sus cuadros la historia patria: *Isabel la Católica*, *Juana la loca*, etc.: los temas obligados del 40 y siguientes. Lorenzale nos trae la escuela purista de Overbeck: Cerdá estudia y copia á los clásicos españoles Velázquez y Murillo. Abierta España á la influencia extranjera, reivindica, sin embargo, su personalidad histórica, su individualidad genuina, vueltos los ojos á su interrumpida tradición. Pocos son, no obstante, los cuadros que puedan atribuirse plenamente á tal época de férvido entusiasmo en la exposición retrospectiva. Los de Clavé, *Elías y el ángel*, *El Samaritano*, son aún de los tiempos de su pensión en Roma (1837-39), y continúan una tradición anterior, cuyos asuntos se perpetúan en la academia hasta nuestros días. Espalter está representado tan sólo por dos retratos de escaso valor. Vicens, por *El Cid*; Lorenzale, por el *Dante*, la *Danza*, una *Concepción*, y Roca por sus grabados en acero, retratos de Luis Felipe, el general Espartero, la Reina Isabel, el cronista Pi y Arimón.

Tras estos artistas, convertidos á su vez en profesores, llega la tercera generación cuyos días de triunfo y apoteosis hemos alcanzado todavía. Sans, Plá, Fortuny, Padró, Escobedo, Gómez – unos más jóvenes como este último, otros más viejos como el Director del Museo del Prado – abren y cierran el período más próximo á los artistas coetáneos. Los apuntes del natural de Fortuny, sus academias palpitantes, sus luminosas aguadas; la copiosa colección de cuadros de Gómez; las ilustraciones y figurines del teatro catalán, de Padró; las escenas de costumbres catalanas, de Escobedo, provocan ya los múltiples recuerdos del movimiento contemporáneo, y de aquel cambio radical que limpia la paleta de negruzcos betunes, y arroja raudales de luz y vibrantes notas sobre la tela, pronta á recibir las impresiones vivaces y francas que recibe el artista con sólo volver los ojos á la realidad que le rodea. Con nuevo aliento, con nueva fiebre creadora, el artista acude á la vez al lápiz, á la pluma, á la aguada, para fijar sus más fugaces impresiones. Desciende de los altos andamios, se rehusa á la historia para subvenir con más copiosas y deleitables obras á las necesidades de una sociedad burguesa que requiere una pintura-mueble, pequeña, portátil, que desde entonces nos está invadiendo por todos lados.

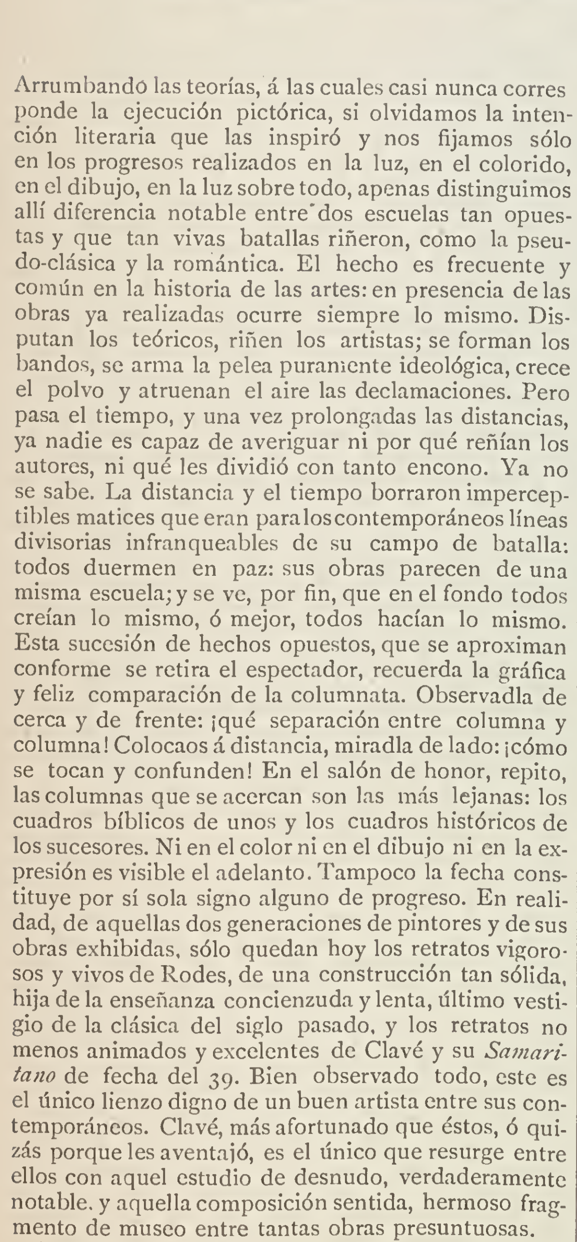
Tales son los tres períodos representados bien ó mal en la reducida sala de honor.

Si hubiéramos de juzgar los dos primeros única y exclusivamente por aquellas obras, la enseñanza que de ellas sacaríamos sería, por cierto, bien singular.

Arrumbando las teorías, á las cuales casi nunca corres ponde la ejecución pictórica, si olvidamos la intención literaria que las inspiró y nos fijamos sólo en los progresos realizados en la luz, en el colorido, en el dibujo, en la luz sobre todo, apenas distinguimos allí diferencia notable entre dos escuelas tan opuestas y que tan vivas batallas riñeron, como la pseudo-clásica y la romántica. El hecho es frecuente y común en la historia de las artes: en presencia de las obras ya realizadas ocurre siempre lo mismo. Disputan los teóricos, riñen los artistas; se forman los bandos, se arma la pelea puramente ideológica, crece el polvo y atruenan el aire las declamaciones. Pero pasa el tiempo, y una vez prolongadas las distancias, ya nadie es capaz de averiguar ni por qué reñían los autores, ni qué les dividió con tanto encono. Ya no se sabe. La distancia y el tiempo borraron imperceptibles matices que eran para los contemporáneos líneas divisorias infranqueables de su campo de batalla: todos duermen en paz: sus obras parecen de una misma escuela; y se ve, por fin, que en el fondo todos creían lo mismo, ó mejor, todos hacían lo mismo. Esta sucesión de hechos opuestos, que se aproximan conforme se retira el espectador, recuerda la gráfica y feliz comparación de la columnata. Observadla de cerca y de frente: ¡qué separación entre columna y columna! Colocaos á distancia, miradla de lado: ¡cómo se tocan y confunden! En el salón de honor, repito, las columnas que se acercan son las más lejanas: los cuadros bíblicos de unos y los cuadros históricos de los sucesores. Ni en el color ni en el dibujo ni en la expresión es visible el adelanto. Tampoco la fecha constituye por sí sola signo alguno de progreso. En realidad, de aquellas dos generaciones de pintores y de sus obras exhibidas, sólo quedan hoy los retratos vigorosos y vivos de Rodes, de una construcción tan sólida, hija de la enseñanza concienzuda y lenta, último vestigio de la clásica del siglo pasado, y los retratos no menos animados y excelentes de Clavé y su *Samaritano* de fecha del 39. Bien observado todo, este es el único lienzo digno de un buen artista entre sus contemporáneos. Clavé, más afortunado que éstos, ó quizás porque les aventajó, es el único que resurge entre ellos con aquel estudio de desnudo, verdaderamente notable, y aquella composición sentida, hermoso fragmento de museo entre tantas obras presuntuosas.

Sólo cuando se llega á los cuadros del 60 para acá se advierte verdaderamente un cambio radical en la pintura: el color se abrillanta y aviva, el dibujo adquiere movimiento y expresión desconocidos hasta entonces, la luz inunda el cuadro de dentro afuera, le hinche, se matiza, pasa por todas sus gradaciones. Pero aun al llegar aquí, ¡cómo empiezan también á causarnos dolorosas sorpresas nuestros ídolos de ayer! ¿Serán como la tercera columna que con la lejanía va acortando la distancia? ¿Será que el tiempo en su obra destructora altera los colores modernos con mayor rapidez, y así va á cubrir también con tintas amarillentas y negra patina las frescas pinceladas de un Fortuny, sus aguadas transparentes? Su célebre *Batalla de Tetuán*, objeto de un verdadero *engouement* á la muerte del pintor, aparece confusa en sus más notables fragmentos, empalidecida, trocada para nuestros ojos. Cierto que el insigne artista se resistió siempre á darla otro valor que el de una mala y forzada tentativa juvenil. Su mismo *Contino* parece hoy de tintas pesadas; su *Odalisca* adquirió el tono rojizo del barro cocido. Una sola nota, *Las lavanderas*, centellea en un rincón, vibrante, con toda la frescura, la vivacidad, el audaz desenfado de aquel genio colorista. Junto á él sólo conservan también sus calientes pinceladas, grandes y jugosas, los cuadros de Gómez, sus armonías y finuras de color, la *Poncelleta*, su *Músico*, el más contemporáneo de toda aquella exposición muerta, su valiente aguada, un *Estudiante*. Gómez es el pintor más *español* de todos los artistas catalanes, si por español se entiende de la vieja escuela del naturalismo del siglo de oro. No sé imaginarle sino con el chambergo, la golilla y la capa, cuando pinta aquellos trozos robustos y de casta, sus viejos de rostro avinado y traje pardo, sus morenas, pandereta en mano, destacando por obscuro, con falda de suave seda de colores tornasolados y alegres. A su lado Sans, menos genial, más tardo en concebir y ejecutar, desciende de nivel con su *Fortuna*, decoración ya anticuada, de la cual se proponía mudar la figura desnuda, según nos advierte el catálogo; se sostiene tan sólo en alguno de sus cuadros pequeños: *Casa de labranza en los alrededores de Barcelona*. Escobedo introduce aún en una composición de labradores algo de un melodrama del Romea. ¡Qué traje tan distinto el de los rústicos de ahora! ¡Cómo recuerdan sus calzones azules, sus polainas, su gorro colorado, los de las viñetas de los periódicos catalanistas! El traje típico se conserva todavía en aquel cuadro del 66. Y por fin, no lejos de allí, algo más abajo, hay una aguada del escenógrafo Plá, copia del natural exacta, detallada, bien iluminada: el realismo introduciéndose en la escenografía.

Fuera de esto, la impresión de conjunto de aquella sala es triste, como toda ojeada retrospectiva. Las mudanzas que experimenta el color en aquellos cuadros nos sobrecogen con el sentimiento de lo que acaecerá con el tiempo á los de las salas próximas. Pero otra consideración se nos impone. Hay que leer las críticas añejas de aquellos cuadros, la del *Samaritano*, por ejemplo, para convencerse de que son las mismas que sugeriría un cuadro de ahora, sin mudar una tilde: la *naturaleza*, la *verdad del colorido*, etc., esmaltan las líneas. Y sin embargo, ¡quién las aplicaría ahora á aquel lienzo! ¿Serán estos conceptos tan re-



LA VUELTA DE LA PESCA, estatua en yeso de D. Dionisio Pastor Valsero (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890)

lativos que dependan del grado de observación, y del hábito de nuestros ojos? Mascullando estas dudas, y á buen paso, salgo á contemplar en la sala inmediata los lienzos de hoy, con el color aún fresco y luciente, recién salido del tubo. ¿Qué cambios les aguardan y cómo serán tildados dentro de cincuenta años?

J. YXART

31 mayo

DESHONOR POR DESHONOR

I

En una habitación de una fonda situada en la Puerta del Sol de Madrid, hallábase Federico Pulgárez, marqués de Paleso y capitán de caballería.

Veintisiete años tenía el capitán Pulgárez, como le llamaban en su regimiento, que se hallaba de guarnición en Alcalá, cuando comienza esta historieta.

Era el capitán lo que las mujeres llaman un buen mozo.

Extraño era ver en su cara señal alguna de tristeza, y á la verdad que no es muy difícil estar alegre y risueño siempre, cuando se cuentan veintisiete años, se posee una fortuna de ocho ó nueve millones, una hermosa presencia, una lengua expedita para enamorar, una carrera militar brillante, y para que nada falte, un título nobiliario que, si no para otra cosa, sirve al menos para halagar la vanidad.

Dos horas hacía que Pulgárez había llegado á Madrid y se había alojado en la fonda de... supongamos que se alojó en la Peninsular, y si ésta no es del agrado del que leyere, traslade al bueno del capitán á la que su antojo le dicte, que yo sé que se dejará llevar sin protesta, y aun dará las gracias si sale ganando en el cambio.

Desde el momento de su llegada á la fonda, ocupábase D. Federico en hacer una minuciosa *toilette*, como él decía, ó un minucioso tocado, como debería decir.

Mientras se vestía su uniforme de lanceros, renegó varias veces, dijo entre dientes palabras que nadie oyó y que por lo tanto no han pasado á la historia, y de haber pasado, librárase el cronista de estamparlas en el papel; y cuando al fin se vió vestido, miróse al espejo y dijo: «¡Ea! El último golpe de belleza.» Se retorció las guías del bigote, se atusó con un cepillito de marfil su barba, y colocándose muy echada á los ojos la leopoldina, salió del cuarto y bajó las escaleras, con tal taconeo, sonar de espuelas y tanta arrogancia y marcialidad, que cualquiera al verle hubiera adivinado su pensamiento, que era este: «El mundo es pequeño para mí.»

Llegó á la puerta de la calle, se detuvo y quedóse pensativo por un momento.

Metióse la mano en el bolsillo de su pantalón, y sacó de él un papel en el que leyó: «Eugenia Anterano, Farmacia, 103, tercero izquierda.»

Al leer esto, se pintó en su cara un cierto disgusto ó contrariedad.

«¡Vaya que es divertida la comisión, pensó; y he de hacerla! Como que únicamente á eso he venido á Madrid y es además un deber de conciencia. La embajada tiene un triste objeto y voy á pasar un mal rato. Lágrimas, gritos, quizá algún desmayo... ¿Encontraré ahora á la señorita Eugenia en su casa? Yo creo que no; luego á las siete iré.»

Temiendo lo enojoso de su comisión, retardó el marqués su cumplimiento.

Cuando dieron las siete, hallábase en el casino de la Peña.

Encontró allí á varios amigos, y charlando, charlando se olvidó del objeto de su venida á Madrid.

Eran ya cerca de las ocho y decidió ir á comer á Fornos, dejando para el siguiente día el cumplimiento de su comisión.

Pasó el día siguiente y el marqués no encontró momento oportuno de ir á visitar á Eugenia Anterano.

Al tercero despertó Pulgárez cuando ya la gente que trabaja lleva seis horas de fatiga, ha comido y se dispone á trabajar de nuevo.

El primer pensamiento del marqués al despertarse fué que aún no había visitado á Eugenia. «Hoy he de ir, no hay más remedio, se dijo. El coronel no me ha concedido más que tres días de permiso y mañana he de estar en Alcalá. Me molesta mucho tener que hacer esa visita; pero, ¡qué diablo!, también me preocupa demasiado una tontería. ¿Tengo yo la culpa de que le haya dado á Fernández la mala ocurrencia de morirse? Desagradable es ir á notificar á una muchacha que se ha muerto su novio, pero también es necedad que yo me preocupe por ello tanto. Presenciaré una escena triste, y se acabó... ¿Será guapa la novia de Fernández? Muy guapa no será ó ha de tener muy mal gusto, porque la verdad es que el muerto no tenía nada de bonito. ¡Pobre Fernández! ¡Pero qué feo, qué refeo era! ¡Qué cara aquella tan triste! ¡Qué cuerpecillo tan enclenque y raquítico, y qué color, color de cera sucia. La naturaleza le hizo feo, y para compensarle de su fealdad, le negó toda clase de gracias y todo género de atractivos. Aún recuerdo el primer día en que le vi; ¡qué efecto me causaron sus patitas tan torcidas y tan flacas! Cuando se ponía en pie parecía que iba á romperse. Su físico no podía ser más repulsivo, sobre todo por aquel cutis tan basto y tan grasiento, y por aquel pelo y aquella barba de un color negro tan sucio. Parece que le estoy viendo en el hospital. ¡Pobrecillo! La enfermedad no había logrado desfigurarle. A quien más quería en el regimiento era á mí, y por eso me llamó para hacerme albacea de su testamento de amor. Estaba ya muy malo, casi no podía hablar, quiso incorporarse, pero no pudo.

– Capitán, me dijo, enseñándome aquellos dientes que no eran negros ni amarillentos ni verduscos, pero que de todo tenían menos de blanco, usted sabe que le quiero y yo sé que usted me tiene algún afecto.

– Más que afecto, le respondí, sé lo que usted vale y le quiero y...

– Gracias, me interrumpió, con aquella vocecita que me recordaba el zumbido de un mosquito; no me he equivocado y estoy seguro de que cumplirá usted mi encargo.

– Lo prometo, dije, pida usted lo que quiera.

– Es muy fácil lo que voy á pedirle. En Madrid vive una mujer á quien quizá interese saber la noticia de mi muerte.

– No piense usted en eso, hombre; la muerte está lejos, le quedan á usted muchos años de vivir.

– De vivir bajo tres palmos de tierra, muchos; pero no se trata de eso. Si he de hacer más guardias, ya lo veremos; pero como temo mucho no verlo, quiero, ó por mejor decir, debo dar á usted un encargo. Cuando yo muera, vaya usted á Madrid; en la calle de la Farmacia, número 103, vive Eugenia Anterano, profesora de música: dígale usted que he hecho todo lo posible, pero que no ha podido ser, que se acuerde alguna vez de mí y que me perdone.

– Dése usted por perdonado, dije yo; usted no ha podido inferir ofensa á nadie.

– ¡Quién sabe, capitán! ¿Cumplirá usted mi encargo?

– Lo juro.

– Gracias, dijo, y me tendió su mano calenturienta y sudorosa, y tan escualida, que al estrecharla me pareció que apretaba un manojo de espárragos trigueros, sacados del fuego en el momento en que va á empezar á hervir el agua en que están metidos.

»Y nada más me dijo el desdichado Fernández y dos horas después murió. Y yo tres días hace que he podido cumplir su última voluntad y no la he cumplido. Soy un estúpido; pero dentro de dos horas habré dejado de serlo, ó por lo menos habré cumplido el encargo del pobre Fernández. ¡Arriba, perezoso, que temes ver llorar á una mujer! ¡Arriba y á vestirnos! Dentro de dos horas ya sabrá la señorita Eugenia que está viuda... vamos al decir, y yo mañana á estas horas estaré en Alcalá y el pobre Fernández en el cementerio, y quizá la que fué su novia recuerde el refrán que dice: «A rey muerto, rey puesto,» y sustituya al alférez muerto con un alférez vivo.»

Dió el marqués por terminado este soliloquio, se echó fuera de la cama, y comenzó á vestirse. Después;... pero lo que pasó después merece capítulo aparte.

II

Dió el capitán un paseo por las calles de Madrid antes de decidirse á ir á la calle de la Farmacia. Mientras paseaba iba pensando en la mejor manera de dar la triste nueva.

«¡Pobre muchacha!, pensaba, ¡cuán ajena estará de imaginar lo que la espera! ¿Cómo será? ¿Será guapa? No sé, porque se me figura que debe ser así... algo extravagante; una muchachilla pequeña, nerviosa, morena pálida, muy viva, peinada de cierto modo que la dé un aire de artista, sencilla y algo varonil en el vestir. Por fuerza ha de haber en ella algo raro: ¿cómo si no explicar que se enamorara de Fernández? Será algo romántica, y esto dificultará mi comisión. Comenzaré diciéndola que voy á visitarla en nombre de Fernández; se interesará mucho y me dirigirá preguntas:

– ¿Va á venir pronto?

– No; por ahora no podrá venir.

– ¿Acaso está enfermo?

– Sí; delicadillo se encuentra.

– ¡Ay, Dios mío! ¡Hable usted! ¿Es grave su enfermedad? Hable usted, ¡por la Virgen Santísima!

– Está grave, pero no...

– Dígame usted la verdad, toda la verdad.

– La verdad es que está bastante enfermo.

– ¿Qué tiene mi Rafael de mi alma?, gritará entonces con los ojos llenos de lágrimas y con voz ahogada por el dolor.

– No se sabe fijamente, pero los médicos temen que sea tifus.

– ¡Tifus! Y estará en una casa de huéspedes, mal cuidado... Quiero cuidarle yo misma, y diga el mundo lo que quiera; es mi obligación.

»Al decir esto se levantará, disponiéndose á venir conmigo á Alcalá, yo la detendré:

– Señorita, tranquilícese usted, Rafael está bien atendido y cuidado, todos sus compañeros le hemos asistido; y acentuaré el *hemos* para que...

– ¡Cuidado por hombres solos! Quiero, quiero ir á cuidarle yo.

– Repito á usted que...

– ¡Déjeme usted!, ¡déjeme usted!

– Pero si no necesita cuidados de nadie.

– ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

– Que está muy bien...

– No, no es eso lo que ha querido usted decir; mi Rafael, mi Rafael... ¿Calla usted?

»Yo inclinaré la cabeza, y comenzará entonces la parte más desgarradora de la escena. Llorará en silencio si le quiso bien, y dando gritos si su amor fué exaltado ó romántico; se calmará luego y querrá saber los detalles. Nuevos gritos al oir que ha muerto en el hospital, y muchas lágrimas y grandes suspiros cuando yo la diga lo que Fernández me encargó; repetiré sus mismas palabras: «Dígale usted que se acuerde alguna vez de mí, que ya ve que no pudo ser y que me perdone.» Esto dijo, bien lo recuerdo. Y ahora que caigo; no entiendo bien estas frases: «ya ve que no pudo ser, y que me perdone.» ¿De qué ofensas pediría perdón Fernández? ¿Si será esto alguna historia extraña?»

Distraído con estos pensamientos y forjando en su imaginación novelas que explicaran las palabras de Fernández, llegó el marqués al número 103 de la calle de la Farmacia. Preguntó en la portería si vivía allí Doña Eugenia Anterano y si sabía que estaba en casa. Dijéronle que sí y subió hasta el piso tercero, con entresuelo, primero, principal y segundo.

Salió á abrirle una mujer como de unos 40 años, á quien entregó su tarjeta, diciendo que deseaba ver á la señorita Eugenia.

Pasó á una habitación muy pequeña y amueblada muy modestamente.

Le rogó la criada que esperara un momento, porque la señorita estaba acabando de dar una lección de piano.

Mientras esperaba estuvo el marqués examinando la habitación. Un sofá de reps verde y cuatro sillas que presentaban señales de una edad muy respetable; velillos de puntilla muy blancos en los respaldos; al pie del sofá una alfombra de muchos colores, hecha de retazos; varios cromos en marcos de caña dorada, de fabricación casera como los velillos, la alfombra y los visillos del balcón; al lado de la puerta una mesa de nogal y sobre ella unos jarrones con flores de trapo, una caja hecha con conchas y caracoles y una urna que servía de casa á un San Antonio de Padua. Examinó el marqués la imagen del santo y no pudo menos de sonreirse. El escultor, llamémosle así, había hecho una herejía artística. El infeliz San Antonio tenía la cara tan lamida y tan blanquita, una boca tan grande, un cerquillo tan descomunal y en la parte superior de la cabeza un plumerillo de cabellos tan puntiagudo, que parecía habían adornado al pobre santo con una peluca de *clown*. El Niño Dios, sentado sobre la mano del santo y dándole la espalda hallábase colocado como sobre una banqueta. Estaba muy gordito y el color de sus carnes era tan arrebatado, que parecía que llevaba un traje de malla de esos que llevan las volatineras callejeras. Todo contribuía á que santo y niño recordaran á los artistas acróbatas, y para que nada faltara, parecía que el niño estuviera haciendo juegos malabares con la plateada bolita que representaba el mundo.

Tuvo Pulgárez que esperar un largo rato, oyendo una vocecita que solfeaba *fa, mi, sol, fa, mi, re.*

Al fin se abrió la puerta y salieron corriendo tres niñas que ni siquiera le vieron.

Entró la criada y le suplicó que pasara á la habitación de al lado.

Así lo hizo, y vió sentada en un taburete, colocado frente á un magnífico piano Erard, á una joven que supuso sería Eugenia Anterano.

– ¿Tengo el gusto de hablar con la señorita Eugenia?, preguntó el marqués.

– Tome usted asiento, caballero; yo soy la persona á quien usted busca.

El capitán pudo contemplar á Eugenia y vió que



LA ESTUDIANTINA ESPAÑOLA DE VALPARAÍSO. (De una fotografía remitida por D. Francisco Griñó.)

era muy distinta de como en su pensamiento quiso imaginársela.

Era una mujer hermosísima y arrogante y con un aire tan distinguido, que hubiera llamado la atención en los más aristocráticos salones; vestía con suma sencillez, pero sencillez correctísima y elegante.

El marqués quedóse asombrado y pensó: «¡Vaya una mujer! ¡Demonio y qué cosas sabía buscar Fernández! Es guapísima, guapísima. ¡Si hubiera alguna más expresión en sus ojos! Tiene la belleza de una estatua, pero también su frialdad.»

– Caballero, usted dirá á qué debo el honor...

– Deploro, señorita que un motivo triste...

– ¿Triste?, interrumpió Eugenia con gran tranquilidad.

– Creo, dijo el marqués, que bastará que pronuncie un nombre para que comience usted á explicarse el motivo de mi visita. ¿Conoce usted al Sr. D. Rafael Fernández?

Ni la más ligera sombra de alteración se pintó en el rostro austero de Eugenia, que contestó:

– Le conocí hace ya tiempo.

– Veo, continuó el marqués, que por dicha he encontrado en usted una señorita dotada de un carácter frío y nada curioso.

– ¿Lo cree usted así?, repuso Eugenia con cierto tono de delicada ironía. Agradezco á usted el juicio que de mí ha formado; pero prosiga usted, se lo suplico.

– Soy militar, capitán de caballería; en mi escuadrón *sirvió* el alférez Fernández. Recalcó la palabra *sirvió* para comenzar la triste nueva.

– ¿Sirvió?, dijo Eugenia. ¿Ha sido destinado á otro regimiento?

El marqués sintió deseos de decir: «ha muerto,» pues sin saber por qué le irritaba aquella frialdad, fingida ó cierta. Se contuvo y con gran gravedad continuó:

– Duéleme tener que anunciar á usted que Fernández está gravemente enfermo.

– Ha muerto.

– ¿Lo sabía usted ya?, exclamó el capitán, admirado ante aquella dura frialdad.

– No, contestó la joven, lo presumí desde el momento en que pronunció usted su nombre, y sólo por eso he soportado el insulto que me infiere una embajada como esta. Fernández se ha refugiado en la impunidad del sepulcro.

Dicho esto, sonrió de un modo extraño, y clavó sus ojos en los del capitán.

Este se encontró en una difícil situación, no sabía qué decir ni qué hacer y se sentía molesto al verse mirado de aquella manera. Después de unos momentos de silencio, dijo:

– Discúlpeme usted si no entiendo sus palabras. No sé en qué consiste el insulto. Cumplo la última voluntad de un muerto, y creo que merecía me hubiese usted recibido de otra manera, al menos por mí, que no hubiera aceptado la responsabilidad de un insulto inferido á una señora.

Eugenia escuchó imperturbable; no se movió ni un solo músculo de su cara, y haciendo caso omiso de la severa lección que le había dado el marqués, dijo:

– Refiérame usted detalles.

– Murió del tifus hace seis días. Poco antes de morir me llamó y me encargó viera á usted y le dijese: «que se acuerde usted alguna vez de él, que ya ve usted que no pudo ser y que le perdonara.» Creo haber cumplido mi comisión, y sólo me resta pedir á usted me dispense si la he molestado.

– ¿Molestarme? No. Pero hágame usted el favor de volver á sentarse; la conferencia no ha terminado. Usted á lo que parece era el amigo, el confidente de Fernández.

– No, contestó el marqués. Creo haber dicho á usted que le conocí en el servicio: fué primero sargento, y cuando ascendió á alférez vino á servir á mi escuadrón. Le tuve en gran estimación porque era un buen oficial.

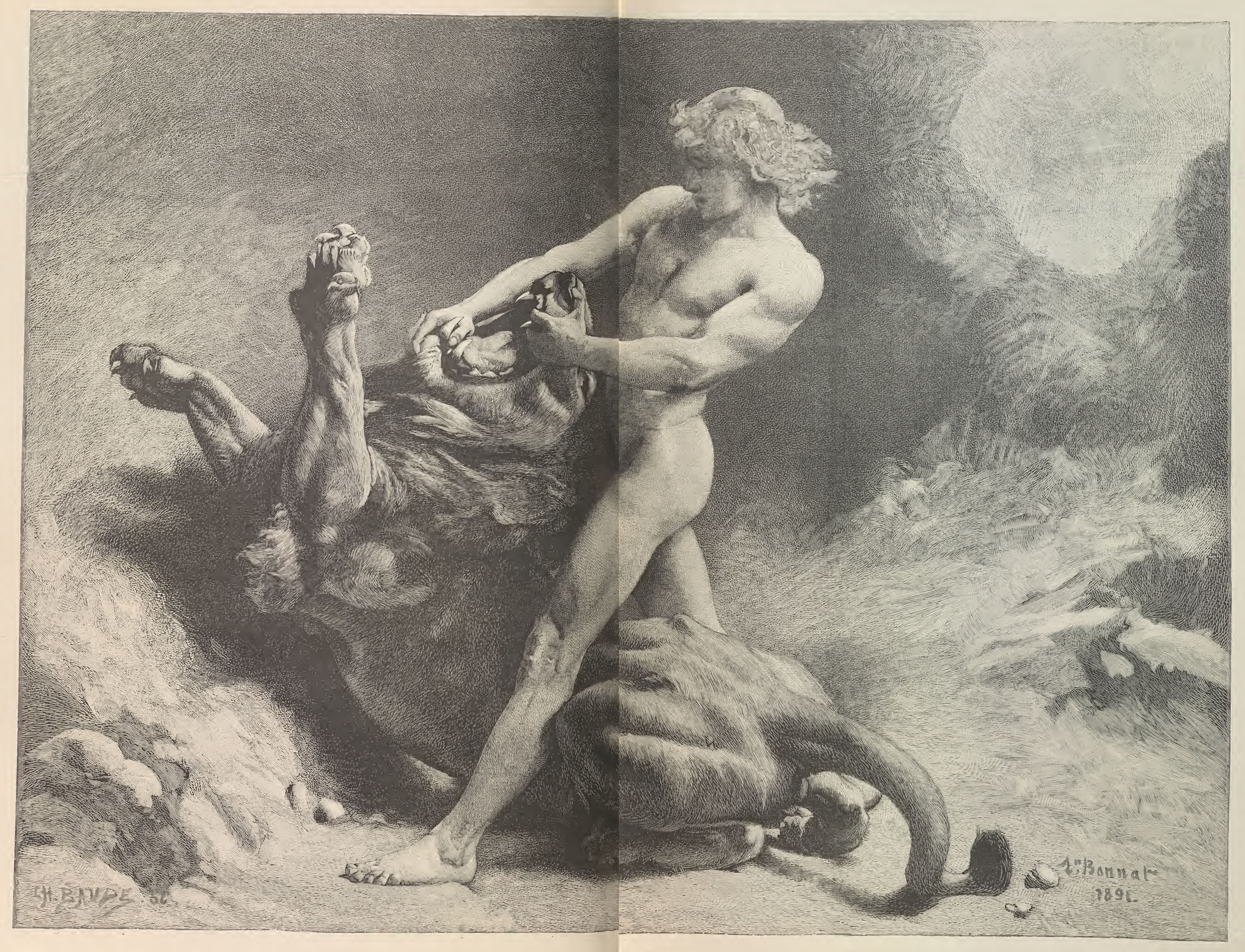
– ¡Ah!, dijo Eugenia con una sonrisa burlona. Perdone usted si creí... Comprendo toda la diferencia que existía entre ustedes; mas como vino á cumplir una comisión que permitía suponer cierta intimidad...

Pronunció estas frases con tanta altanería y con un desdén tan irritante, que el capitán sintió que se le despertaba la cólera y necesitó un gran esfuerzo para contenerse.

– Supuse, continuó Eugenia, que si se había usted encargado de esta comisión, se debería á haber escuchado las confidencias de su amigo, de su compañero el alférez Fernández, y por eso creí que no desconocería las razones por las cuales Fernández me ha pedido perdón en su última hora.

– No, señorita, no sé qué causa ni qué ofensa, y permita que la diga...

– ¿Que no desea saberlas?, interrumpió Eugenia. Pero yo deseo que las sepa. En su pensamiento, si alguna vez se acuerda usted de Fernández y de mí, irán revueltos y confundidos ambos recuerdos, y no quiero que eso ocurra; tenga usted paciencia y escúcheme un instante; ha de oir usted parte de mi historia. Vivía yo en San Sebastián, dando lecciones de música, allí conocí á Fernández, que era sobrino de una señora muy rica. Se enamoró de mí y me solicitó de una manera insistente; yo no le amaba y no escuché sus ofrecimientos, por más que me ofreció hacerme su esposa. No desistió por eso en sus pretensiones; mis negativas y mis desdenes no sirvieron más que para irritar su amor. Para abreviar, suprimiré detalles y diré á usted que su amor irritado, ó mejor, lo canallesco de su alma, le llevaron á emplear la calumnia, para alcanzar lo que ni el oro ni otros ofrecimientos alcanzaron. Por una tercera persona me hizo acudir á una casa de la que salí deshonrada; deshonrada para las gentes, entiéndalo usted bien, honrada y pura para mí y para él. Yo estaba sola en el mundo; vivía de mi trabajo, y Fernández al quitarme la honra me arrancó también mi manera de vivir. La profesora de piano que antes era bien recibida en todas partes, de todas partes fué despedida. Vendí cuanto tenía y hubiera mendigado un pedazo de pan, cuando un día se presentó en mi casa Fernández y nuevamente solicitó mis favores. «Seré de usted, le contesté, cuando me haga su esposa.» Al fin me entregaba á aquel hombre odioso, pero el precio era mi honra. Prometió hacerlo, pero no cumplió su promesa. Su tía se opuso al matrimonio ame-



LA JUVENTUD DE SANSÓN, CUADRO DE BONNAT. – SALÓN DE PARIS DE 1891

nazando con desheredarle. No quiso Fernández contrariar y desobedecer á su tía, por más que yo le ofrecí trabajar para los dos. Le llamé cobarde, y él entonces gritó: «¡Cobarde no! Yo sabré crearme una posición, y mi tía cederá al cabo y cumpliré mi palabra, remediando el daño que te hice.» Sentó plaza, ascendió á alférez, hace poco me escribió diciendo que en el próximo mes de mayo nos casaríamos. Ya sabe V. lo demás. Por no cumplir su palabra se ha muerto.

Calló Eugenia, que había referido esta historia con una calma y una frialdad admirables.

El capitán que había escuchado sin pestañear, dijo:

– No sé qué admirar más en usted, si el valor que tuvo, ó el que hubiera necesitado tener para casarse. Se hubiera usted casado...

– Para lavar mi deshonor de soltera y para vengarme.

– ¡Vengarse!

– Sí; ya casada hubiera devuelto á Fernández deshonor por deshonor. He concluído mi historia, añadió levantándose y haciendo con la cabeza un ligero saludo al marqués.

Saludó éste también y salió todo turbado.

Cuando la criada le abría la puerta de la casa, oyó que Eugenia tocaba en el piano un alegre vals de Offenbach.

RICARDO REVENGA

SECCIÓN AMERICANA

ROPA APOLILLADA

I

UNA PARTIDA DE PALITROQUES

Gran jugador de bolos fué Alonso de Palomares, soldado que vino al Perú en la expedición de don Pedro de Alvarado, el del célebre salto en Méjico.

Es sabido que D. Francisco Pizarro tuvo pasión por este juego, y que junto con la fundación de Lima estableció en la vecindad del Martinete un boliche ó cancha de bochas, adonde iba todas las tardes á pasar dos horitas de solaz. Fuese adulación, ó que en realidad no hubiera quien lo aventajase, lo cierto es que su gloria como bochador no tenía eclipse.

Cuando llegaba el marqués, toda partida se suspendía para que él y sus amigos entrasen en posesión del boliche.

Habláronle una tarde de la destreza de Alonso de Palomares, y Pizarro quiso conocerlo y jugar con él

– Dícenme, señor soldado, le dijo, que vuesamerced es mucho hombre como jugador de palitroques, y si le place probaremos fuerzas en una partida.

– Hónrame su señoría con la propuesta, contestó Palomares. ¿Y á cómo ha de ser el *mingo* que interesemos?

– Fíjelo vuesamerced.

– Aunque pobre soldado, continuó el otro, no me faltan trescientos ducados de oro en la escarcela, y si á vuesaseñoría conviene interesaremos cinco ducados por partida, que quien honra recibe en ser adversario del señor gobernador no puede hacer juego roñoso.

– Sea, repuso lacónicamente el marqués, y comenzó la partida.

Jugaron aquella tarde mientras hubo luz. Partidas perdió el gobernador y partidas perdió el soldado; si bien éste, según el sentir de los inteligentes, hizo mañosamente algunas *pifias*, como para inspirar confianza á su contrario. Y sin embargo, le ganó veinte ducados al marqués.

Y siguieron durante un mes jugando todas las tardes, hasta que se convenció Pizarro de que en Palomares había encontrado maestro de quien recibir lecciones. Erale deudor de cien ducados de oro.

El marqués, siempre que perdía, se desahogaba denostando á su vencedor, el cual sonreía con mucha flema y continuaba dando bochadas que no dejaban palitroque en pie. ¡Jugadorazo el Palomares!

Entretanto pasó una semana, después de roto el compromiso de juego, sin que D. Francisco se acordase de pagar los cien ducados, hasta que un día tuvo el soldado la llaneza de recordárselo.

– No le pago al muy fullero, contestó con cólera Pizarro.

– Corriente, señor marqués, no pague usía si no quiere, que habré perdido mi dinero y ganado sus injurias.

Dice Garcilaso que la respuesta le cayó en gracia al gobernador, porque volviéndose al tesorero Riquelme, le dijo riendo:

– Págale á este mozo lo que reclama, y en buena hora sea, que de mi mano no volverá á ver moneda en el boliche.

Y es fama que tanto se sintió humillado en su amor propio de jugador, por haber encontrado maestro, que desde entonces nadie volvió á ver á D. Francisco Pizarro bocha en mano.

II

LOS QUE ESTÁN Á LA MIRA

Fué el licenciado Polo de Ondegardo, autor de una interesante crónica historial del Perú que, según Prescott, se conserva aún inédita, hombre de agudo ingenio y muy amigo de jugar con los vocablos. Pruébalo el que habiéndose querellado ante él dos individuos que se dieron de golpes, empleando el uno una vara de medir y el otro una pesa de cobre, díjoles el juez: «en este litigio no cabe sentencia, porque el asunto se ha ventilado ya con peso y medida.»

Cupo al *Demonio de los Andes* Francisco de Carvajal bautizar con el nombre de *tejedores* á los que en política se manejan con doblez y que bailan al son que tocan. En ese siglo de revueltas hubo no pocos que, huyendo de comprometerse en los bandos, esperaban á última hora para exhibirse como partidarios de la causa que entre cien contara con noventa y nueve probabilidades de éxito.

Polo de Ondegardo bautizó con el nombre de *los que están á la mira* á esos politiqueros de encrucijada que en nuestros días llamamos *oportunistas* ó amigos de la víspera, y que, de paso sea dicho, son los que se adueñan de las mejores tajadas, dando autoridad al refrán que dice: «nadie sabe para quién trabaja.»

Enviado Ondegardo á Charcas con el carácter de Gobernador por D. Pedro de Lagasca, se vió en el caso de investigar el comportamiento de los principales vecinos durante la ya vencida revolución de Gonzalo Pizarro, para premiar en ellos su lealtad y servicios á la causa del rey, ó bien para imponer castigo á los que resultasen contaminados con la lepra de la rebeldía. Si bien de estos últimos sólo encontró dos que enviar sin escrúpulo á la horca, en cambio tampoco halló á nadie digno de obtener mercedes, que era el licenciado juez muy exigente en esto de aquilatar el merecimiento ajeno. Para manga ancha las juntas calificadoras de nuestros tiempos, en que resultan hasta vencedores en un combate prójimos que se hallaban á cien leguas de distancia. Muy cómodo es hacer caridades á expensas del tesoro fiscal y no del propio.

Después de escuchar el alegato de méritos y servicios de cada vecino, Polo de Ondegardo, entre risueño y grave, formulaba objeciones, y como no le contestaban exhibiendo documentos que comprobasen no haber sido el sujeto tibio en la defensa de la bandera real, concluía el licenciado con estas frases:

«Está visto, mi amigo, que vuesamerced no ha arriesgado un cabello en favor del rey, y que ha militado entre *los que están á la mira*. No ha sido bobo vuesamerced; pero, para mí, más gracia merece el enemigo declarado, que quien está á la de viva quien venza. Lo pagará su bolsa, y así escarmentará, para en otra no estarse á la mira, sino comprometerse con San Miguel ó con el diablo.»

Y á todos los de la mira les impuso una multa para el tesoro de su majestad desde cien hasta mil ducados, según la posición y teneres de la persona.

Y fueron tantos los que resultaron pecadores de haber estado á la mira, que pasó de un millón de pesos la suma que Polo de Ondegardo remitió á España con destino á la real persona de su majestad don Felipe II.

RICARDO PALMA

NUESTROS GRABADOS

Descanso, copia de una pintura de Mariano Fortuny. – Huelgan, siempre que de este malogrado pintor se trata, descripciones y encomios, pues unas y otros surgen naturalmente de la contemplación de sus prodigiosos lienzos. Estos se imponen porque son esencialmente bellos, como se imponen las tiernas melodías de Bellini ó las sublimes concepciones de Wagner. Y cuando tal acontece con una obra de arte, lo mejor que puede hacerse es cerrar el pico y dejar que cada cual saboree á su placer y sin que nada ni nadie le distraigan lo que tan dulcemente halaga sus sentidos y por modo tan maravilloso conmueve su alma.

Predicando, pues, con el ejemplo, hacemos punto final, consignando sólo que este cuadro es también conocido, según creemos, con el título de *Arabe fumando*, y que así lo designa el Sr. Ossorio y Bernard en su notable *Galería biográfica de artistas españoles del siglo* XIX.

***

En el puerto. – En el campo, cuadros de Eliseo Meifrén. (Salón Parés.)—Tal es el título de los dos lienzos que publicamos y que merecen conocerse entre los varios que expuso Meifrén en la Galería Parés, antes de abandonar nuestra ciudad para fijar su residencia en París, realizando un verdadero alarde de sus aptitudes pictóricas. Ofrecían sus obras todas las variaciones que es posible suponer en el género especial en que tanto se ha distinguido Meifrén, y acusaban todas ellas el completo dominio y perfecto conocimiento que posee de los varios matices que presentan el agua y el cielo, según sean sus movimientos y momento en que se la representa.

Agradablemente sorprendieron algunos de sus paisajes, quizás los primeros que ha expuesto Meifrén, ya que se descubría desde luego en ellos la brillante espontaneidad de su paleta y el espíritu observador del artista, que fiel intérprete de la naturaleza, trató de reproducirla aun en el aspecto por él menos estudiado.

***

La santera, acuarela de Joaquín Sorolla. (Exposición de acuarelas y pasteles celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid.) – Joaquín Sorolla es uno de esos distinguidos pintores que tanto han contribuído con su esfuerzo á enaltecer y perpetuar el buen nombre de la escuela valenciana. Sus cuadros titulados *El 2 de mayo de* 1808 y *El entierro de Cristo*, así como los varios lienzos que remitió desde Roma durante los cinco años de su pensionado y las recompensas alcanzadas en las Exposiciones nacionales, demuestran que Sorolla figura dignamente entre los buenos artistas españoles.

Dos aguadas y algunos pasteles y acuarelas remitió Sorolla á la Exposición que celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid, destacándose entre ellas y aun entre las que figuraron en aquel certamen, la que tituló *La santera*, bellísima por el concepto, por el color y por el dibujo. El asunto no podía ser más sencillo, y sin embargo atraía la atención de los inteligentes y aficionados. Una mujer joven y hermosa, perfecto tipo de las bellas hijas de las riberas del Turia, hállase ocupada en alimentar la lámpara del altar cuyo arreglo le está confiado. Su figura destácase sobre el severo fondo, que alumbrado débilmente por la mortecina luz de lámpara, hállase sumido en esa misteriosa obscuridad de nuestros templos, destacándose únicamente por obscuro las siluetas de los santos del retablo, sus doradas coronas y los abrillantados azulejos del arrimadero, en tanto que aparece en toda la belleza de sus líneas la *santera*, teniendo levantado uno de sus brazos, fino de color y de líneas, perfectamente armonizado con la general entonación.

***

La vuelta de la pesca, estatua en yeso de D. Dionisio Pastor Valsero. (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.) – Al notable escultor Sr. Pastor Valsero no puede aplicársele el conocido refrán de «al primer tapón...» Por el contrario, expone por primera vez en la última Exposición Nacional de Bellas Artes y por unanimidad le concede el Jurado una medalla de tercera clase. Y nadie dirá que tal distinción no fuese ganada en buena lid, pues *La vuelta de la pesca*, que le valió tal recompensa, es una figura elegante, modelada con tanto cariño como acierto, que rebosa naturalidad y expresión, y revela el cuidado y el provecho con que su autor ha estudiado á los grandes maestros en ese género tan simpático y no fácil, si se ha de conseguir, como el Sr. Pastor lo consigue plenamente, interesar al espectador con asuntos baladíes, si se quiere, pero que por lo mismo exigen mayores condiciones técnicas si han de producir el apetecido efecto.

***

La estudiantina española de Valparaíso. – Compuesta de jóvenes españoles establecidos en aquella ciudad chilena, en donde se dedican al comercio, la estudiantina del Círculo español de Valparaíso sostiene muy alto el buen nombre de la madre patria por su amor al trabajo, por sus aficiones artísticas, á las que consagra los ratos que sus ocupaciones le dejan libres, y por sus filantrópicos sentimientos, á impulsos de los cuales organiza fiestas á beneficio de los necesitados, y que le han valido el dictado de «ángel de la caridad.» La estudiantina consta de diez y seis individuos, los más de los cuales no saben solfeo y han de aprender, por ende, las piezas de memoria, y está dirigida por D. Gaspar Barroetabeña, joven de gran inteligencia y de no comunes conocimientos musicales.

***

Juventud de Sansón, cuadro de M. Bonnat (Salón de París de 1891.) – De la narración bíblica que nos presenta á Sansón en sus mocedades entretenido en romper á fuerza de brazos las mandíbulas de los leones, ha tomado asunto el pintor francés Bonnat para el hermoso cuadro que reproducimos. El león, medio derribado, forcejea en vano por desasirse de los brazos del hebreo, cuya actitud tranquila contrasta con los movimientos desesperados de aquél y revela la superioridad del hombre sobre la fiera.

La pintura de M. Bonnat es de composición valiente: la silueta del héroe es noble, y la musculatura está reproducida con pasmosa verdad, y en cuanto al león hay en él tanta fiereza, tanta expresión de dolor al sentirse vencido, que unánimemente lo han juzgado los críticos franceses como obra maestra en su género.



Vió, en vez de un viejo de cabeza calva, una joven...

CUENTO DE AMOR

POR PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

(CONCLUSIÓN)

La noche se pasó tranquila, y el príncipe no habló con la dama, que parecía meditar, sentada en un sillón. Al rayar la aurora, presentóse el verdugo y comenzó á atar los pies y manos de la prisionera, que parecía indiferente. Apoyada en el príncipe, agitado y tembloroso, bajó resueltamente á una sala sombría, tapizada de negro, donde cerca del tajo brillaba el instrumento de muerte. Bruisinda saludó al príncipe con una reverencia y la sonrisa en los labios, arrodillóse llena de vida y de belleza, y después de levantar su cabello dobló la cerviz. El hacha silbó, y la cabeza cortada rodó hasta los pies del príncipe.

Y la cabeza cortada rodó hasta los pies del príncipe

EL INVIERNO

De vuelta á su reino, el príncipe vió con alegría el antiguo palacio de su infancia, sus libros, su bufón Mite y sus gatos. Acogido como el hijo pródigo, mostróse afable con todos, y consintió, por deferencia al emperador, en consultar á un nuevo médico que hacía curas maravillosas: era un judío llamado Efrem Sabas. Hasta tuvo el capricho de ir á su casa, y una vez allí, no encontrando á nadie para recibirle, se entretuvo en recorrer una por una todas las habitaciones. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando en un laboratorio retirado vió, en vez de un viejo de cabeza calva, una joven cuya espaciosa frente indicaba la mujer pensadora, con ojos de sacerdotisa y ancho ropaje blanco! Era la hija de Efrem, que el padre ocultaba cuidadosamente; pero la joven, cual si conociese al príncipe, no se extrañó de verle.

– Trabajamos para vos, díjole, mostrando un frasco de líquido de color rojo como la sangre.

– ¿Para mí?, preguntó el príncipe admirado. ¿Pues qué secreto buscáis?

– La *vida*, contestó la joven. Mi padre y yo nos hemos propuesto buscar el elixir fluido, la divina panacea; la esperamos, y la muerte quedaría vencida.

– ¿Tan sabia sois?

– ¡Oh! Yo no conozco, repuso la hija del judío con modestia, más que el nombre de las plantas y de las estrellas, siete idiomas y los secretos de la cábala; sé leer el porvenir en la mano, y ver el presente, con los ojos cerrados, á través de los muros y de las distancias.

– ¿Y de qué os sirve esa ciencia?, preguntó el príncipe.

– De muy poco, replicó la joven.

Al decir esto, suspiró, inclinando la cabeza, y luego fijó los ojos, en los cuales parecía brillar la esperanza mística, en un crucifijo de marfil pendiente en la pared. Después, como oyese un ligero ruido, añadió vivamente:

– ¡Retiraos! Mi padre mataría á cualquier hombre, aunque fuese príncipe, que me hubiera visto y hablado en secreto.

– ¿Volveré á veros? ¡Yo lo quiero!

– Sea. Mañana iré á esas montañas cuya azulada cima se ve desde aquí. En la cumbre de la más alta está el observatorio de mi padre, y allí pasaré el invierno sola. Id á verme.

Hízolo así el príncipe todos los días: tenía con la joven dulces y agradables conversaciones; y maravillado por su encanto sobrenatural, su saber y la belleza de su alma, amóla muy pronto, pero de una manera inmaterial, porque en ella todo era pensamiento, todo espíritu sin cuerpo. Y cuanto decía era sabio, profundo, lleno de bondad y de justicia.

Una noche, después de haber examinado largo tiempo las estrellas, el príncipe dió á la joven, en prueba de amistad, un nombre de musa, el de Urania.

El día se pasaba conversando; trataban de las más graves cuestiones, las metempsicosis de la naturaleza y el problema del mal; discutían sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. La joven creía en esto, pero el príncipe no. Por la noche, completamente sola, fría y casta, estaba siempre en medio de las grandes llamas de los hornillos, observando los alambiques donde se volatilizaba el filtro.

El invierno cubría la montaña de nieve; el aire era helado: producíanse grandes fríos, y la escarcha crujía bajo los pies.

La hija de Efrem observaba con angustia que el príncipe enflaquecía por momentos, y que su lividez cada día mayor le hacía asemejar á un espectro; por eso se consumía para descubrir el supremo elixir, pues el invierno tocaba á su término, y calculó que á su amigo sólo le quedaban dos meses de vida.

Trece días transcurrieron sin dormir un solo instante ni tomar alimento; pero en la mañana del décimocuarto, presentóse al príncipe transfigurada.

– ¡Bebed!, le dijo, presentándole un frasco de extraña forma, lleno de un licor puro. Si no bebéis, mañana sois muerto.

El príncipe tomó el frasco; su mano temblaba de sorpresa.

– El milagro está hecho, dijo la hija de Efrem; la misión de vuestra servidora ha terminado ya, y yo me voy, monseñor...

– ¿Adónde?

– A un convento.

– ¡Qué decís! Mi trono, mis riquezas y el imperio están á vuestra disposición; compartid conmigo la vida que me ofrecéis. ¡Sed emperatriz y esposa mía á la vez!

Una sonrisa celestial entreabrió los labios de la hija de Efrem.

– ¡Bebed la vida!, dijo la joven; mi reino es de otro mundo.

Y señalando al crucifijo, añadió:

– Yo no puedo servir ya más que á un soberano.

– ¿Rehusáis?

La hija de Efrem movió la cabeza con expresión dolorosa.

Sin decir palabra, el príncipe arrojó el frasquito, que hizo pedazos.

III

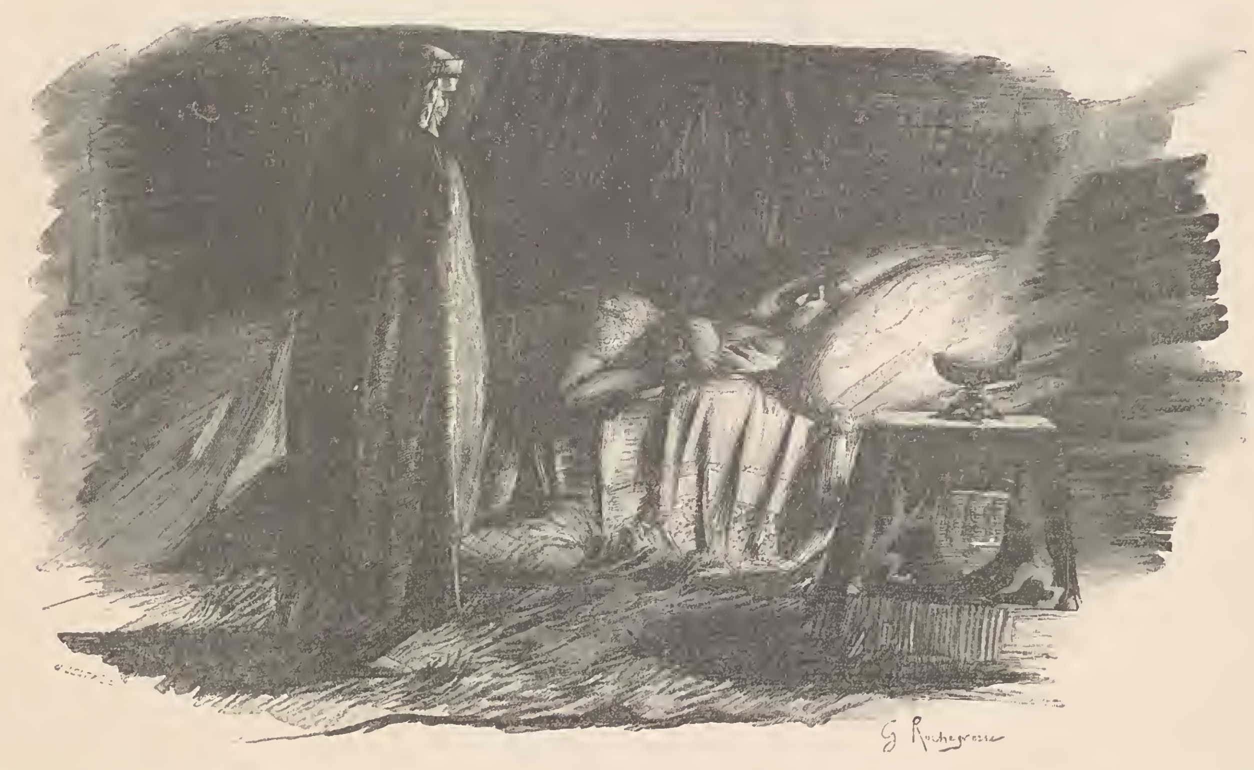
EL MAL DEL PRINCIPE

En la noche del día siguiente, que era el último del invierno, el príncipe, sintiéndose desfallecer y teniendo á la derecha á su abuelo y á la izquierda á su hermano, pidióles perdón por las molestias que hubiera podido causarles. Recordaba su pasado, las estaciones que se desvanecieron y las mujeres que había amado. ¡Amor! ¿Podía considerarse como tal su deseo de Elsa, su libertinaje con Zafira, sus tristes relaciones con Bruisinda y el platónico afecto que profesaba á Urania. ¡Javiera, tan hermosa, según aseguraban, que había ido para agradarle, y á la cual rechazó sin haberla visto jamás! ¿Quién sabe si el amor consistía en ser amado y no amar?... En aquel momento oyóse resonar el toque de una campana fúnebre que atemorizó al emperador y á Mainrad; pero el príncipe sonrió diciendo:

– Es la campana que anuncia el fin del año.

Y estrechándoles la mano con fuerza, exhaló el postrer aliento.

Pablo Marguerite



BOCETOS

UNA DIABLURA

Cuéntase que el diablo un día llegó á verse tan desesperado, que se dió á sí mismo, por no poder darse á cosa peor.

Había *hecho caja*, como ahora se dice, ó lo que es igual, sacó sus cuentas de suma y resta, y quedó *desencajado* encontrándose con que sus negocios no andaban bien; los ingresos no le daban el beneficio que de sus planes y cálculos y de las gestiones de sus emisarios se prometía; y era cosa de gusto ver de qué modo se daba prisa devanando ideas en sus tostados sesos... suponiendo los tenga por la forma con que se le representa, y de qué manera tan inquieta coleaba... conviniendo también en que use rabo. El tuno, que lo es y de veras, se aplicó el refrán *á lo tuyo, tú;* y como quien dice, tomó el tren. No se sabe positivamente, que en esto las opiniones no están acordes, si saliendo de los profundos del centro de la tierra, como cada día miles de veces se dice y se repite, ó como lo describe Milton, lanzándose al espacio en busca del mundo, que parece lo más racional; pero fuese de abajo arriba, ó de arriba abajo, se nos coló. Y colocándose sobre uno de los más elevados picos que encontró á mano, tendió la vista, fijando su penetrante mirada sobre cuanto pasaba en la extensa superficie del planeta; dando un resoplido, repitió los versos de aquel desgraciado poeta, al que no faltó quien tildase de ser su compinche...

¡Bueno es el mundo, bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!

De pronto y á la vista de tanta algarabía no le fué fácil al aturrullado diablo hacerse perfecto cargo de lo que estaba contemplando. Solamente pudo deducir que todo andaba por el camino del más completo desconcierto y de la más enmarañada perturbación, cosa sumamente provechosa para sus intereses; en fin, bien preparado para hacer su agosto.

Descubiertos los indicios de ricos filones, en espera de bien entendida explotación, quedóse largo rato indeciso y perplejo, sin decidir por dónde empezar.

Pensativo y mordiéndose las uñas, como quien duda de atinar con lo de más fácil y pronto y mayor provecho, su torvo semblante dió de repente muestra inequívoca de la satisfacción, que mal puede disimularse y contenerse cuando se da en el *quid* ó donde duele. Y gozoso de la buena elección, no quiso perder tiempo en buscar cosa mejor.

Tomó por su cuenta, para coger mucho de una vez, la prensa periódica de cierto género, es decir, el periodismo reñidor, capaz dejándolo de sobra á transformar en cuestión batallona la más sencilla que se ofrezca. Y escrúpulos aparte, entre quienes patrocinan sistemas ó defienden principios, entre quienes proclaman utopias ó sostienen verdades, entre quienes con abnegación se sacrifican ó véndense por medro... todo lo apreció como muy aprovechable, todo le pareció excelente y de gran resultado sabiéndolo manejar.

Llamó á sí á una de sus más traviesas legiones, les instruyó convenientemente, y dándoles las órdenes más terminantes encaminadas al buen desempeño de su cometido, les dió un tremendo latigazo con el rabo, á modo de rúbrica en sus infernales decretos, y con esa credencial los despachó á su destino.

Metióse cada uno de ellos en el armario viviente de un periodista. Poco les importaba que los unos fuesen negros y los otros blancos, estos rojos y aquellos verdes, morados los de acá y amarillos los de allá; en todos se metían: la condición era lo necesario; siendo periodista de la índole que debe suponerse, reñidor, caían en él como miel sobre hojuelas; y empezó á funcionar la endemoniada máquina de una manera asombrosa.

Al poco tiempo hubo muchos de ellos tan aprovechados que podían darle treinta y raya al espíritu instructor, llegando á no poder averiguar con certeza si eran los diablos metidos en los periodistas ó los periodistas en los diablos. En términos que la tal legión apenas se entendía en lo embrollado de aquel embrollo, porque cuando uno cogía por su cuenta obscurecer la verdad en un asunto, se encontraba con otro que le había tomado la delantera para aclararlo, dejándolo más negro que la tinta; cuando uno iniciaba una idea subversiva, sembrando el germen de la duda, otro ya planteaba la doctrina de aquel error como principio inconcuso; cuando uno se esforzaba en intentar derribar algo, otros ya llevaban tan adelantada la demolición que revolvían sus cimientos.

El inventor y director de semejante diablura, en la que todos andamos ya metidos, quedó satisfecho de su obra; se asombraba de lo estupendo de su idea; ni por pienso pudo haber creído en tan completo resultado: como se dice, negocio redondo. ¡Cómo!, dicen que dijo, ¿cómo á mi antiguo y poderoso Señor, que sabe y puede más que yo, cuando el castigo del pueblo egipcio no se le ocurrió castigarlo con la plaga del periodismo y la libertad de imprenta? Viendo como veo sus efectos, juro por quien soy (y en vez de cruz trazó un diabólico signo con la punta del rabo) que no toleraré jamás en mis dominios tal calamidad, que nos pondría el infierno á punto de no entendernos tampoco. Mientras graves ocupaciones requieren mi presencia en otros planetas, ínterin acudo á ellos dejando en este, y para largo rato, armada la gran culebra. . señores, hasta la vista, y *ahí se queda eso...*

Juan O. Neille

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS HORMIGAS

De los animales inferiores, ningún grupo, exceptuando el de las abejas, ha despertado entre los naturalistas, desde la más remota antigüedad, tanto interés como el de las hormigas. Aristóteles, Plinio y Plutarco describen minuciosamente algunas de las cualidades de estos insectos y refieren de ellos hechos que admiran. Los modernos han añadido á las de los antiguos nuevas observaciones, que sin embargo no arrojaban gran luz sobre la vida, costumbres y aptitudes de tan diminutos seres, hasta que recientemente algunos notables entomólogos han conseguido con sus estudios darnos á conocer muchos detalles respecto de las hormigas. Uno de los principales es el inglés sir Juan Lubbock, de cuyas investigaciones tomamos la mayor parte de los datos para el presente artículo.

Si examinamos cuidadosamente un hormiguero, lo primero que llama nuestra atención es la diferencia de tamaño de los distintos miembros de la comunidad. Generalmente se ven allí tres tipos. La inmensa mayoría de las hormigas son obreras, hembras pequeñas y sin alas; vienen luego las hembras ó reinas, siempre aladas, y los machos, con alas las más de las veces. En algunas especies, como la zamba sudamericana *(Oecodoma cephalotes)*, hay obreras de distintos tamaños, pequeñas unas y otras grandes y cabezudas (fig. 1): á las primeras se les llama obreras, á las segundas soldados, porque su misión es defender á las demás.



Fig. 1. - *Oecodoma cephalotes.* – *a* Macho, *b* hembra, *c* obrera pequeña, *d* obrera grande. (Tamaño natural.)

El apacible cuadro de prodigiosa actividad que comúnmente ofrece un hormiguero, varía de un modo muy notable cuando en el verano las larvas llegan á su desarrollo y aparecen los individuos completamente conformados. Los alados machos salen del nido y trepan por los tallos, por los trozos de madera y por los montículos de tierra que alrededor del hormiguero se alzan, dando muestras de extraordinaria agitación. De repente, en una calurosa tarde de agosto, todo el enjambre de insectos emprende ruidoso vuelo, remontándose á veces á gran altura y formando grandes nubes que al dejarse caer nuevamente al suelo cubren vastas extensiones de terreno. Estos regocijos, que bien pueden llamarse las bodas de las hormigas, sólo duran unas horas, pasadas las cuales los machos, que ya han cumplido la misión de su existencia, perecen en pocos días, mientras las hembras fecundadas pierden las alas y se preocupan de buscar albergue para sí y para sus huevos: la joven reina ó construye un nido para ella sola, ó se junta con algunas obreras y funda un nuevo reino, ó se vuelve á su mansión natal ó á otro cualquier nido y allí se establece. Hasta ahora no se sabe cómo procede la hembra en cada uno de estos casos, habiéndose demostrado tan sólo que entre algunas hormigas, la *Mirmica ruginodis*, por ejemplo, la joven reina, puede crearse por sí sola un nido y arrastrar consigo á todo un pueblo; pero el hecho de que muchos hormigueros subsistan por espacio de algunos años, demuestra que en ellos son admitidas las jóvenes reinas. De éstas, la que se naturaliza, por decirlo así, en un nido, ya no lo abandona y sólo se cuida de poner allí en seguro sus huevos; ofreciéndose en los hormigueros la particularidad de que, al revés que en las colmenas, pueden vivir en paz varias reinas juntas. También las obreras pueden poner huevos, sobre todo en los hormigueros donde no hay hembras; pero de ellos salen siempre machos, nunca hembras ni obreras. Lubbock ha probado que las hormigas viven mucho más que los otros insectos; algunas obreras que en su poder tenía vivieron siete años y de dos hembras de *Formica fusca* que cogió en 1874, una murió á los trece y otra á los catorce años, lo cual destruye la creencia general de que sólo vivían un verano ó un año á lo sumo.

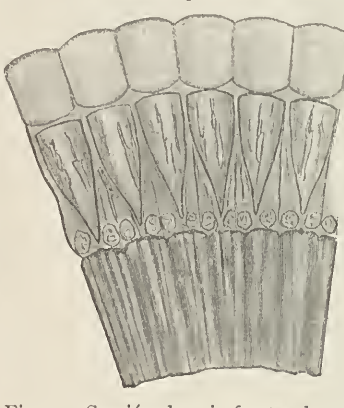


Fig. 2. – Sección de seis facetas de un ojo de insecto (abeja). (Considerablemente aumentada.)

Las dimensiones, la forma y la estructura de los nidos varían según las especies de hormigas; pero todos ellos, así el de la hormiga de los bosques, que construye grandes montículos, como los de la hormiga amarilla vulgar, que vive debajo de una piedra, acusan gran habilidad y sentido práctico, y en todos reinan el orden, la limpieza y la actividad que se ha hecho proverbial, ejecutando cada hormiga un trabajo determinado. Los pequeñuelos pasan sus primeros días en el interior del nido ejercitándose en los quehaceres domésticos hasta que tienen la robustez necesaria para dedicarse á los trabajos del exterior. En éstos hay una verdadera división del trabajo, así en la *Formica fusca* ha demostrado Lubbok que sólo tres individuos cuidan de aportar al nido los víveres necesarios.

Las hormigas, como casi todos los insectos, tienen dos clases de ojos: uno grande, compuesto, y tres ocelas á cada lado del cuerpo. Estas son ojos como los nuestros, al paso que los compuestos constan de innumerables facetas, cada una de las cuales está situada al extremo de un tubo, en cuyo otro extremo aparece una fibra nerviosa (fig. 2). No pudiendo suponerse que cada faceta reproduzca una imagen completa, lo cual sería molesto é inútil para el animal, se cree con fundamento que cada faceta sólo recoge un haz luminoso, resultando del conjunto de éstos la imagen reproducida á modo de mosaico: de los rayos que llegan al ojo sólo llega al nervio óptico por cada faceta aquel que se encuentra en el eje longitudinal del globo de ésta, siendo los demás absorbidos por invisibles tabiques de dicho globo (fig. 3). Juan Muller fué el primero en sentar esta teoría de la visión. Por medio de las facetas se percibe una imagen directa, al revés de lo que con los ojos simples acontece.

Aunque no lo sabemos á punto fijo, es de suponer que los ojos simples de las hormigas les sirven para ver de cerca y en la obscuridad, y los compuestos para distinguir los objetos lejanos. Las hormigas, como todos los insectos, son muy cortas de vista, comparadas con nosotros. Ahora bien: ¿ven las hormigas como nosotros? Lubbock, con sus experimentos, ha comprobado que distinguen los colores y que el límite de su visión que en el lado rojo del espectro casi coincide con el nuestro, tiene más potencia que éste en el lado opuesto; de suerte que no sólo ven el color de violeta, sino también los rayos del ultravioleta que nuestros ojos no perciben en el espectro, y que ha de ser, por ende, para aquéllas un color del que nosotros no tenemos noción alguna. De suerte que no existiendo en la naturaleza apenas los colores puros, puesto que casi todos se componen de rayos de ondas de distintas dimensiones, y viendo las hormigas el ultravioleta que nosotros no percibimos, es más que probable que éstas lo vean todo de muy distinto color que nosotros.

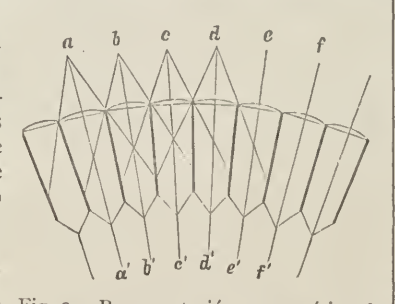


Fig. 3. – Representación esquemática de la absorción de los rayos lumínicos laterales en la visión por mosaico.

Los órganos auditivos de los insectos aparecen en distintas partes del cuerpo y no se limitan á una sola. En los extremos de las antenas de las hormigas hay órganos que pueden ser considerados como auditivos (fig. 4); pero en este punto no puede formularse una afirmación concreta, porque no ha podido demostrarse una acción de los sonidos sobre tales insectos. Esto no quiere decir que sean sordas; pues aun siéndolo para los sonidos que nosotros percibimos, podrían no serlo para otros que por el número de sus vibraciones no percibe nuestro oído. Landois ha descubierto en las hormigas para nosotros mudas aparatos de estridulación análogos á los de otros insectos que producen ruidos que nosotros oímos, y de ello deduce que las hormigas emiten sonidos por medio de los cuales se entienden entre sí, aunque nosotros no los oigamos, opinión si no probada, por lo menos probable.

Aunque cabe admitir que el olfato reside en distintas partes del cuerpo, es casi indudable que este sentido está principalmente en las antenas, provistas las más veces de un gran número de pelos ó celdillas olfativos. En las hormigas está comprobado que el olfato reside en las antenas y tiene un alto grado de desarrollo. Algunas hormigas quietas que no bastan á mover ruidos cercanos ni la aproximación de una punta de pluma hasta casi tocar sus antenas, recogen éstas ó se echan hacia atrás cuando la pluma que se les acerca tiene una gota de alguna substancia adorífera: además si se cuelga en su camino un pincelito empapado en una materia aromática, la hormiga al pasar por debajo de él se para; de lo contrario sigue su marcha sin detenerse, lo que prueba que huele el líquido.

En cuanto al gusto, innumerables experimentos han demostrado que las hormigas poseen este sentido y que en ellas lo constituyen unos órganos especialmente modificados en la boca ó muy cerca de ésta. El tacto reside en unos pelos de estructura especial distribuídos por todo el cuerpo.

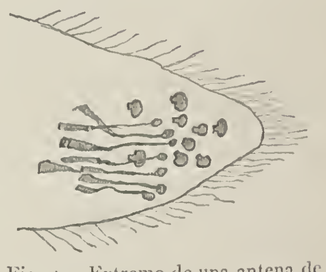


Fig. 4. – Extremo de una antena de hormiga *(Myrmica ruginodis)*. (Aumentado 75 veces.)

Respecto de la estructura y funciones de estos órganos no podemos entrar en su estudio, pues además de que esto nos llevaría demasiado lejos, no se presentan muy claros los puntos á esa materia referentes.

Pasando al examen de las dotes intelectuales y de las aptitudes de las hormigas, la vida de éstas excita por más de un concepto nuestra admiración. Ya hemos hablado de la división del trabajo en todo estado de hormigas; pero más sorprendente que esto es el hecho de que cada individuo de un hormiguero conoce á todos los demás que á éste pertenecen, hecho prodigioso si se tiene en cuenta que hay nido que se compone de cuatrocientos ó quinientos mil miembros. Y sin embargo hase experimentado que cada hormiga no es personalmente conocida de sus hermanas, como también que cada nido no tiene un santo y seña especial ni desprende un olor propio, como hasta ahora se había creído. He aquí algunos de estos experimentos. Varias hormigas que Lubbock tuvo prisioneras varios meses, fueron reconocidas como amigas al ser devueltas á su hormiguero, incluso una cuya ausencia fué de cerca de dos años. Es más: tomó algunas larvas de un nido y las llevó á otro, y cuando al cabo de mucho tiempo las hormigas que de ellas salieron fueron llevadas al nido primitivo, viéronse reconocidas y tratadas como amigas por sus compañeras, que nunca las habían visto, al paso que

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 8 de junio de 1891 — Núm. 493

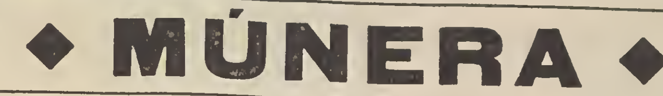













PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la Ilustración Artística, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de paginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La Ilustración Artística es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

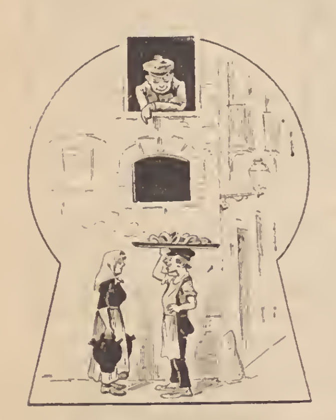
Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes a los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la Ilustración Artística es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la Ilustración Artística surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

UN IDILIO INTERRUMPIDO



¡Qué bien huelen!



¡Vuelvo!



¡Ajajá!

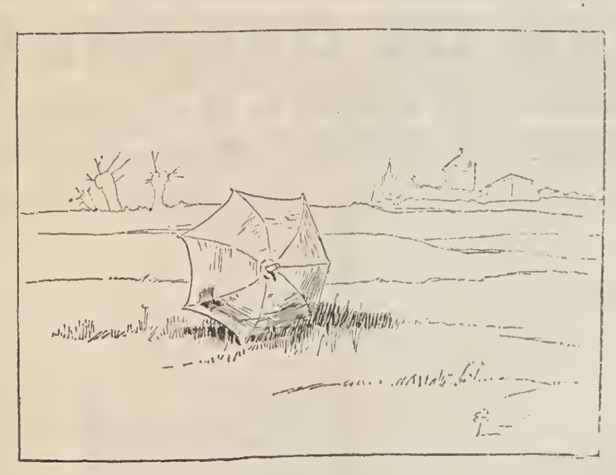


¡Canástoles!



¡¡¡Maldición!!!

IR POR LANA..... *por Pons*



1



2



3



4

UN BULTO SOSPECHOSO



¡Si querrá pegármela!



¿Conque viento, eh?



¡Anda, toma vino!

Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6, Barcelona

